

Atrás o adelante

Lo único implacable de la vida es el tiempo que ya pasó y así, en materia política, el país se acerca al inicio de la sucesión presidencial. Se afinan las posturas, afloran múltiples candidaturas y, poco a poco, se va perfilando la última etapa del ciclo sexenal. Como escribiera Miguel de Cervantes, “no es posible que el mal ni el bien sean durables... así que no debes congojarte por las desgracias...”. El panorama se aclara, evidenciando las carencias, sobre todo la obvia: por qué, después de tantas décadas de reformas y buenos deseos, el país sigue atorado, siendo incapaz de dar ese gran salto adelante que caracteriza a tantas sociedades exitosas en el mundo.

En su discurso de aceptación del Premio Nobel, Albert Camus anticipó lo que le ha pasado a nuestro país en estas décadas: “Indudablemente cada generación se cree destinada a rehacer el mundo. La mía sabe que no lo logrará... Heredera de una historia corrompida, en la que se mezclan las revoluciones fracasadas... y las ideologías extenuadas; en la que poderes mediocres, que pueden hoy destruirlo todo, no sabe convencer...”.

Todos los gobiernos lle-

gan a su inauguración con la certeza de que ellos sí sabrán cambiar al mundo, que todos sus predecesores eran torpes e ineptos. Quizá nadie como Trump en este sentido, pero el fenómeno es universal: por promesas ningún candidato para; todos creen que dejarán una huella imborrable, los cimientos del futuro. Así comenzó el gobierno del presidente Peña, quien, con toda fanfarria, lanzó una serie de iniciativas y estrategias, tanto de reforma como de forma de gobernar, que acabaron arrojando un saldo mixto: avances legislativos (casi) sin precedente, pero una realidad cotidiana en creciente deterioro. Parte de esto fue producto de las contradicciones inherentes al propio gobierno, pero mucho de ello no distinto a lo que le ha ocurrido al país en el último medio siglo.

La contradicción de fondo no es privativa del gobierno actual: es la misma piedra con la que se han tropezado todos los gobiernos desde los ochenta. En días pasados tuvimos una ventana de oportunidad que permitió observar uno de los muchos ejemplos que ilustran la incapacidad de romper con el viejo sistema po-

Todos los gobiernos llegan a su inauguración con la certeza de que ellos sí sabrán cambiar al mundo, que todos sus predecesores eran torpes e ineptos. Quizá nadie como Trump en este sentido, pero el fenómeno es universal: por promesas ningún candidato para; todos creen que dejarán una huella imborrable, los cimientos del futuro. Así comenzó el gobierno del presidente Peña, quien, con toda fanfarria, lanzó una serie de iniciativas y estrategias, tanto de reforma como de forma de gobernar, que acabaron arrojando un saldo mixto: avances legislativos (casi) sin precedente, pero una realidad cotidiana en creciente deterioro.

lítico. El caso de los ladrones de combustibles, los llamados “huachicoleros”, es sugerente del problema de fondo; más allá del enorme costo tanto económico como de legitimidad para el sistema de gobierno que representa la impunidad en este y todos los demás asuntos nacionales, la realidad es que no existe incentivo alguno para limitar, impedir o castigar a quienes incurrían en este delito por una razón muy simple: hay huachico-

leros que son detenidos hasta dos y tres veces en un mismo día y, luego de pagar una multa simbólica, salen en libertad para seguir con sus fechorías. Lo hacen porque no es un delito grave, es decir, que no implica cárcel; por lo tanto, aun con las policías que tenemos, el incentivo para aprehender a estos delincuentes es negativo porque no hay consecuencias. La pregunta relevante no es por qué se roban el combustible (eso es obvio),

sino por qué no se trata de un delito grave que sirviera, al menos en principio, como un factor disuasivo. La respuesta evidente es que hay poderosos intereses políticos, sindicales y criminales que se benefician del statu quo y tienen el poder suficiente, o la capacidad de amenaza necesaria, para preservarlo.

Lo mismo es cierto en todos los ámbitos de la vida nacional: no hay reforma económica, política, laboral o de derechos civiles o humanos- que no afecte a poderes enquistados que, por décadas, han depredado del sistema y expoliado al erario de manera directa o indirecta. Esos intereses han logrado que las reformas, desde las modestas hasta las más ambiciosas, nunca lleguen a arrojar todos sus beneficios, pues eso implicaría alterar el statu quo del cual se benefician. Así, las reformas no avanzan ni traen beneficios plausibles, creando un círculo vicioso: la reacción -y los reaccionarios- en este mundo las desacreditan, prometiendo retornar al mundo idílico del pasado. Y ahí se cruza la realidad cotidiana con el asunto electoral en ciernes.

La reciente elección francesa estableció un nue-

vo parangón. En contraste con la estadounidense del año pasado, en que Trump abrazaba posturas cada día más extremas y Hillary no hacía sino prometer lo mismo pero un poquito menos (ej. el TPP), los candidatos franceses no perdieron el tiempo: Le Pen proponía un retorno al pasado en tanto que Macron planteaba una ambiciosa agenda propositiva, benéfica y arrojada, lo vivido contra el futuro, la nostalgia frente a la esperanza. Me pregunto si habrá algún candidato en México capaz de plantear un futuro distinto, una oportunidad esperanzadora para una sociedad sumida en la desazón. Romper el círculo vicioso.

El pasado ya lo conocemos y ese es justamente el de los intereses que yacen detrás del poder del viejo sistema político y que, como ilustran los huachicoleros, no fueron perturbados ni por los gobiernos del PAN. México necesita un nuevo régimen político: ojalá los aspirantes que con tanto ahínco se pelean por las candidaturas, tengan también la visión, y el temple, para romper con el viejo régimen que todo lo carcome.

@lrubiof

Abusos y distorsiones de las candidaturas independientes

Jesús Cantú

La obligada reforma electoral a las leyes estatales para regular la reelección inmediata de diputados estatales y presidentes municipales, abre la puerta para que nuevamente se revisen los términos en los que se permite la participación de los candidatos independientes y, al menos en el caso de Nuevo León, evidenciaron el abuso que pretendía hacer de la figura el gobernador independiente Jaime Rodríguez.

Ahora resulta que quieren tener acceso a la representación proporcional en el Congreso del Estado, como si se tratara de un partido político, es decir, que se sumen las votaciones de los candidatos independientes a diputados locales en todo el estado, sin importar si hay varios en un mismo distrito, y si logran más del 3% de los votos se les asignen una o más diputaciones plurinominales.

Prenden no entender (o de plano no entienden) que los candidatos independientes no tienen relación ideológica o programática, incluso pueden representar corrientes de pensamiento o grupos poblacionales totalmente opuestos; pueden ayudarse estratégicamente durante el proceso electoral, pero será una colaboración totalmente instrumental. Si tienen una identidad común, más allá de la colaboración coyuntural que establezcan para una determinada elección, entonces deben optar por la vía de formar un partido político, no de las candidaturas independientes pues éstas no fueron aprobadas con ese fin.

Tienen acceso a la representación proporcional en los casos en que la ley los obliga a presentar planillas, como es el caso de los Ayuntamientos; y, aunque todavía no hay ningún precedente, deberían tener acceso a la senaduría de primera minoría, en el caso de que una fórmula (los dos candidatos a senadores por una entidad federativa, con sus dos respectivos suplentes) obtenga el segundo lugar en la elección de un estado. Pero en ese caso sí hay una propuesta común de la planilla o de los 4 candidatos a senadores.

Otro tema en el que se consideran maltratados es en el del financiamiento, tanto en el público como en el privado, cuando en realidad hoy hay más claridad al respecto y las distorsiones que se establecieron básicamente parten de la legislación nacional

Ahora resulta que quieren tener acceso a la representación proporcional en el Congreso del Estado, como si se tratara de un partido político, es decir, que se sumen las votaciones de los candidatos independientes a diputados locales en todo el estado, sin importar si hay varios en un mismo distrito, y si logran más del 3% de los votos se les asignen una o más diputaciones plurinominales.

o de los precedentes de las autoridades jurisdiccionales. En el caso del financiamiento público, se les trata igual que un partido de reciente registro, que ciertamente compite en condiciones de evidente inequidad con respecto a los partidos con registro ya refrendado en las urnas, pero sería igualmente inequitativo que les dieran más recursos a los candidatos independientes que a los nuevos partidos.

En todo caso la discusión debe ser sobre la desigualdad que produce la forma de distribución de la bolsa global de financiamiento, pues desfavorece a los partidos y fuerzas emergentes; pero no puede centrarse únicamente en los candidatos independientes.

En el caso del financiamiento privado, la norma es que el tope del financiamiento privado es el 50% de los toques de gastos de campaña del puesto para el que compite (diputado local o alcalde) lo cual es muy razonable, especialmente porque son los candidatos independientes (incluyendo a los triunfadores) los que más se quejan del excesivo financiamiento público y el exagerado gasto de campaña, entonces tener como techo más del 50% (el 50% que obtengan de particulares o que ellos mismos inviertan en sus candidaturas más el financiamiento público que les corresponda) de lo que eventualmente gastarán (o al menos, reportarán que gastaron) los candidatos de los partidos es muy coherente con el discurso que los independientes han enarbolado (y en el que por cierto coincidieron plenamente).

Pero lo que resulta otra aberración (la primera es la de pretender acceder a la representación proporcional los congresos locales) es que ahora se quejen de que bajaron el requisito de firmas, es decir, cuando les conceden lo que ellos demandaban: disminuir las firmas requeridas, ahora lo ven como una gran trampa.

Para decirlo con toda cla-

ridad: el Bronco y su equipo actúan exactamente igual que los partidos políticos, cuando están fuera piden flexibilizar los requisitos porque ellos quieren alcanzarlos; pero una vez que están en el gobierno, piden endurecerlos y elevarlos, para que no haya más competidores. Desde afuera son incluyentes, pero cuando están adentro son excluyentes. Cierta una de las posibles consecuencias de flexibilizar los requisitos es que habrá más candidatos y el voto se puede pulverizar; pero ese es un riesgo en cualquier elección.

Pero estos reparos tienen que ver con la perversa estrategia del Bronco y su equipo de lanzar candidatos independientes a todos los puestos de elección popular en la elección intermedia del 2018, para lograr tener aliados en el Congreso y en las alcaldías. Todo indica que en 2018, en Nuevo León, tendremos una elección en la que la competencia será entre las supuestas candidaturas independientes (promovidas, apoyadas y construidas por el gobierno de Jaime Rodríguez) y las estructuras partidistas del PRI y el PAN, principalmente.

Lo que Jaime Rodríguez y su equipo quieren es tener el monopolio de las candidaturas independientes, para lo cual es importante que los requisitos de entrada sean más altos; pero una vez que los cumplieron, quieren un piso más parejo entre todos los competidores y, por supuesto, participar también en el reparto de posiciones de representación proporcional, pues en realidad sí son un nuevo partido político —oficialmente conformado por candidatos independientes—, que se aprovecha de su posición en el gobierno (como hacen todos los partidos políticos) para distraer recursos públicos para sus campañas electorales. Serán los primeros candidatos independientes, dependientes del presupuesto del gobierno del estado.

¿Qué más?

Luis de la Calle

El fin de Trump

La percibida ineficacia de Washington fue sin duda uno de los más poderosos motores que impulsaron a Trump.

Durante la campaña presidencial en Estados Unidos no pocos de los votantes que apoyaban a Donald Trump decían hacerlo por su probada capacidad de ejecución. Esta aparente habilidad les permitía perdonarle todo tipo de expresiones y actitudes no dignas de un presidente.

La percibida ineficacia de Washington fue sin duda uno de los más poderosos motores que impulsaron a Trump. Para el votante promedio era patente que su gobierno federal no servía: llevaba varios años operando sin que se hubiera aprobado el presupuesto; las divisiones entre demócratas y republicanos hacían prácticamente imposible legislar iniciativas importantes, la reforma al sistema de salud había pasado con votos solamente demócratas y era denunciada todos los días por los republicanos. Además, la falta de eficacia se veía agravada por la incertidumbre en materia económica y laboral para el común de la gente y por la amenaza de ataques terroristas.

En este contexto de alta polarización política, agudizado por la radicalización de los medios y la segmentación de los públicos (cada quien escogía la fuente de noticias que confirmara sesgos preconcebidos y no la más veraz o confiable), el mensaje del candidato de hombre fuerte y supuestamente eficaz fue suficiente para ganar.

El desastre del gobierno de Trump durante los primeros 100 días, mucho más caóticos que en ocasiones previas, y su relativa baja popularidad han sido terreno fértil para crecientes críticas de medios y comentaristas. Cada día mercados y analistas lo toman menos en serio, sus tuits exhiben rendimientos decrecientes y la credibilidad de su palabra se continúa devaluando. No obstante, el presidente de Estados Unidos se ha defendido subrayando que los medios de comunicación son la oposición, que en realidad hay una conspiración en su contra, que el propósito de los demócratas consiste en cuestionar la legitimidad de la elección por el involucramiento ruso y que todo esto confirma la alianza de los poderosos en Washington y

Nueva York en contra del ciudadano promedio.

Donald Trump está convencido de no abandonar a su base electoral. Siente que le ha funcionado tanto en la elección primaria como en la general, a pesar de los múltiples consejos y predicciones de que tenía que moderarse y crecientemente, ahora como presidente, va a encontrar en ella a su único aliado fiel. El relativo aislamiento de la Casa Blanca lo llevará incluso a descansar más en ella, por lo menos de manera discursiva y en términos de eventos públicos. Por eso no es lógico esperar una moderación de su parte, aunque en los hechos y en la implementación de políticas públicas termine más cerca del centro.

Al final del día, la presidencia de Trump va a terminar siendo juzgada por el éxito en términos de crecimiento económico, de su capacidad de responder ante crisis internas y externas y del avance legislativo (reducción de impuestos, sistema de salud, funcionamiento de Washington, seguridad, creación de empleos). El problema que tiene es que la probabilidad de estos éxitos depende en parte de que presida un gobierno eficaz. Incluso en materia de crecimiento económico, donde podría simplemente evitar caer en errores y cosechar lo sembrado por otros, los mercados ya han empezado a reducir las expectativas eufóricas iniciales.

El problema es todavía mayor cuando se analizan las capacidades de ejecución de esta Casa Blanca y su gabinete. El consenso ahora en Estados Unidos es que Trump cuenta con un buen secretario de Defensa, uno bueno de Seguridad Interna y un asesor de Seguridad Nacional con una visión estratégica. Los tres son generales acostumbrados a la disciplina y con capacidad de ejecución.

El resto del equipo brilla por su ausencia o por la inclinada pendiente de aprendizaje. El secretario de Estado Tillerson debe aún ganarse un espacio en la toma de decisiones y la confianza de su jefe y sus empleados. El secretario del Tesoro Mnuchin tiene la difícil tarea de vender una reforma tributaria que implica un incremento significativo en el déficit público, al tiempo que está dispuesto, contra la tradición de sus anteceso-

res, a pronunciarse por un dólar débil. En una reunión se le escuchó decir que le gustaría algún día firmar un billete de mil dólares, quizá sin darse cuenta que esa alta denominación sólo puede corresponder a una moneda que se ha debilitado de manera excesiva. Por supuesto, con la imagen de su patrón. El secretario de Comercio Ross aspira a encabezar las negociaciones comerciales internacionales, lo que disputará el todavía no confirmado representante Comercial de Estados Unidos a quien legalmente competen y, para mayor complicación, en supuesta coordinación con Peter Navarro a cargo de “comercio y manufacturas” en la Casa Blanca.

Y todo esto con una aguda ausencia de personal en el nivel de subgabinete en donde casi nadie ha sido nominado, ya no se diga confirmando. La gente cercana a la Casa Blanca defiende el modelo caótico de gobierno como un estilo personal de gobernar. El problema es que, en ausencia de resultados, continuará la merma de apoyo y la constante erosión de credibilidad interna y externa.

Sin progreso en frentes relevantes para su país, se dará el fin de Trump. Primero lo abandonará el grupo de republicanos sensatos que lo han apoyado hasta ahora bajo el argumento de que Estados Unidos, pero ellos también, necesita a un presidente exitoso. Luego los que le dieron el beneficio de la duda y se inclinaron por él en la elección bajo el supuesto de su probada eficacia y dejaron de lado bravuconadas y falta de preparación. Al final sólo quedarán los incondicionales, a quienes tanto prometió pero es mejor no pueda cumplir; que seguirán culpando al resto de su falta de éxito.

El peligro para todos, estadounidenses pero también el resto del mundo y sus vecinos Canadá y México, es que Donald Trump no sabe perder y estará dispuesto a doblar una apuesta con tal de salir arriba ante una circunstancia difícil. Un presidente bien intencionado aunque ineficaz, Barack Obama por ejemplo, difícilmente hubiera causado un daño mayúsculo. Otro ineficaz pero que cree no serlo, narcisista, beligerante y apostador es otra historia.

Comentarios: @eledece